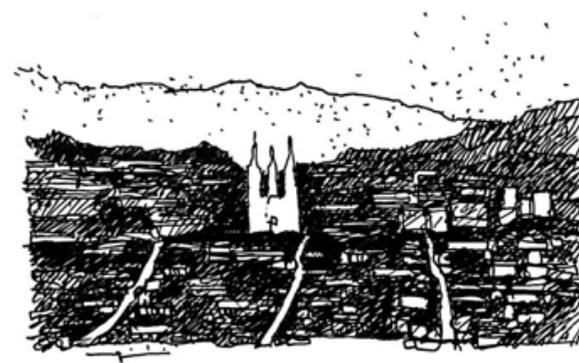


» Quito, ciudad oculta



La vida en las ciudades contempla la interacción social y la percepción del mundo como resultado de un momento histórico o del lugar que tienen en la cultura el nexo social, los vínculos económicos, la lengua, la forma misma en la que se concibe el *ethos ciudadano* y se dispone una multiplicidad de aspectos que responden a una periodización, a vicisitudes naturales, a cambios político-económicos, a movimientos migratorios, a contiendas bélicas, al surgimiento de ideas que se constituyen en paradigmas nuevos para entender lo que ha sido pensado de una manera y se transforma en algo otro, produciendo un vuelco en la vida del espíritu y, en fin, da cuenta de un complejo devenir. En ese sentido, podemos pensar que las ciudades modernas no son los templos, las calles, las escuelas, las plazas, las edificaciones, sino el orden social y el sistema de relaciones que urde una cultura de las que calles, escuelas, instituciones, etc. (Ospina, 2015).

En la Cordillera de los Andes, allá lejos, en el horizonte, se pueden vislumbrar los momentos fundacionales de la ciudad de Quito, las luchas a las que dio lugar el “encuentro de dos culturas”, en el que primó la cosmovisión del triunfador con sus vilezas y bondades. Ese acto instituyente, como todo acontecimiento de ese género en Latinoamérica, fue una obra eminentemente política, como afirmación de un hecho de conquista (Romero, 1986). Es así

que la ciudad fue pensada como una urbe que reproducía maneras traídas por aquellos que buscaban repetir lo lejano y hacerlo próximo. La instauración de una lengua, la legitimación de determinadas formas simbólicas y la destitución de otras que quedaron en el olvido o que han pervivido en una suerte de sincretismo en las nuevas: un nuevo Dios, nuevos cultos, nuevos referentes lingüísticos, nuevas formas de interacción, primacía de formas estéticas determinadas y silencio sobre lo inefablemente nuevo, como una manera de negación de la inédita realidad que se impone como un hecho. Así,

atrapar a América en su turbulencia, su complejidad y su rotunda extrañeza, necesitaría un lenguaje nuevo, un tono muy alejado de las costumbres de su época, unas rudezas y unas audacias que lo harían irreconocible a los ojos de sus contemporáneos. (Ospina, 2012, p. 22)

El trazado de la vieja urbe y también de la nueva responde al tiempo como ese gran demiurgo profano, en una fragua hecha de seres humanos que se vuelcan a la vida mediante acciones. El hacer, en este sentido, crea historia y se constituye en la forma en la que se estructura un momento y trasciende al instante. No obstante, la manera en la que la urbe es visualizada, en todo su esplendor y en su doloroso de-

clive, en su vigor y en su lánguido ocaso, es una mirada que revela un emplazamiento. Para quien las edificaciones del siglo XVI son vetustas y anacrónicas construcciones, la ciudad antigua es una ruina y algo a ser derribado debido a su vetustez. Quien no considera la historia dentro de la perspectiva del nuevo siglo e ignora el devenir de una rica y heterogénea tradición no mira sino a un horizonte limitado por su inmediatez, por lo que supone que las formas urbanas coloniales deben ser ocupadas por espacios funcionales, con avenidas amplias y muy a tono con el cada vez mayor flujo vehicular, al mismo tiempo que transformadas por las exigencias del mercado inmobiliario.

Para el historiador y el arquitecto, así como para el arqueólogo y el urbanista, el casco colonial es una galería de estilos, de formas singulares de edificación, un panorama que ilumina el pasado lleno de personajes olvidados y de una vida que imagina sucesos históricos, costumbres, intrigas, gestas públicas y empresas privadas. Las canciones que se cantan en celebraciones hablan de lugares difíciles de identificar (La Guaragua), a la vez que las leyendas que se cuentan suponen momentos ausentes y sucesos olvidados o pensados desde una posición moral ubicada en otra época. Una urbe que a finales del siglo XVI e inicios del siglo XVII contaba con tres universidades, en las que se formó gran parte de la intelectualidad de América Latina, desde México al Río de la Plata (Meza Cepeda y Arrieta de Meza, 2006). Si bien en México, Bogotá y Lima existían universi-

dades, las de Quito alcanzaron un prestigio que hizo que a la ciudad se le llamara “el monstruo de tres cabezas”, una suerte de Can Cerbero, cuestión que, como representación, lleva a pensar en lo significativo de la metáfora. Porque Quito es eso, una metáfora, un espacio cultural ubicado en una agreste topografía, donde la religiosidad se ha objetivado en templos de gran valor estético, a la vez que la plástica ha alumbrado una importante escuela pictórica.

Una ciudad en Los Andes, a casi 3000 metros de altura, que no llegaba a los 25.000 habitantes a finales del siglo XVI, en la que se producen acontecimientos, se gestan ideas y se enseña. Su mayor fuente de riqueza en sus inicios son los batanes, que envían telas a gran parte de Hispan-



*Grupo Psicoanálisis Quito.

noamérica. Sus habitantes emprenden campañas en búsqueda de riqueza, esculcan nuevas geografías y, de manera similar, se establecen rutas que unen la sierra con la costa y el oriente selvático, articulando regiones a las que se tenía poco acceso.

Las voluntades colectivas que acogen la modernidad, el barroco, la ilustración, el romanticismo, la ciencia se trastornan frente a lo novedoso, al pervivir formas sociales que proceden del Medioevo, que se nutren de un pensamiento escolástico y buscan con ímpetu extender, a la vez que mantener, una visión de mundo que reniega de lo mundano. Se ponen en cuestión y se ven amenazadas tradiciones e historias, maneras de ser y hacer (Berman, 1989). Mas *–e pur si muove–*. desde las gestas libertarias, las querellas que hacen a la fracción de países por la avidez de caudillos, la ciudad de Quito se consolida como el centro político de un nuevo Estado. Las luchas por poner en orden un conglomerado caótico y heterogéneo, más los modelos para que germine un Estado laico y un nuevo orden social nos encuentran en el siglo XX.

Las ideas, que mueven a mentes inquietas que buscan horizontes universales en las letras, traen a la urbe imágenes plenas de esplendor, de alejados lugares, concomitantes a un potente progreso y desarrollo. En esa tónica, grupos de inquietos artistas plásticos y escritores leen textos de Freud en los tempranos años veinte, gracias a la traducción de Luis López Ballesteros y de Torres. Se abre un camino a ideas que muestran la riqueza y diversidad de un mundo múltiple en lo individual, a la vez que se matiza la mirada de una realidad que se centra en un nuevo siglo, al que acompañan luchas fratricidas, masas que desbordan lo conocido e incendian la ciudad. La fuerza de las ideas germina y reproduce en Quito los debates y las confrontaciones que en el mundo han significado un fracaso de la humanidad, en tanto la razón ha alumbrado campos de concentración, *gulags* y las grandes hambrunas que acompañan genocidios inauditos. Las ideologías que mueven masas y el desarrollo del poder

bélico no tienen parangón en la historia de la humanidad, y en razón de lo anotado, se enfrenta la amenaza de la aniquilación.

Quito vive el instante de la humanidad, con expectación y a la distancia, vislumbrando procesos que inciden en el camino que se va trazando casa adentro. La dinámica de un proceso histórico y la manera en la que las ideas se permean impulsan un movimiento en el que la urdimbre de lo nuevo se cuece en el subsuelo de pequeños cenáculos (Valencia Sala, 2007).

El psicoanálisis no es una excepción; ha nacido en la ciudad, cobijado en palabras e historias, más ligado al arte que vinculado con la práctica clínica. Este nacimiento marca la índole y el destino de las ideas, situándolas en el plano de la ficción y en el orden de la creación literaria, que vive las vicisitudes de una lucha que hostiga al modernismo promoviendo una estética ligada al realismo socialista, lucha en la que indirectamente se sanciona el psicoanálisis por considerarlo una disciplina que medra en la individualidad y, por ende, en una ideología burguesa. Si hay equívocos trágicos, este es uno de ellos, al limitar y restringir un rico horizonte de ideas.

El camino recorrido y un segundo alumbramiento del psicoanálisis se produce en un complejo momento del contexto latinoamericano de los años setenta, junto con el rescate del centro histórico y su inmenso acervo arquitectónico, al que no escapa un patrimonio intangible recuperado de historias, personajes, libros, canciones, comida y costumbres. El psicoanálisis retorna así, en instantes en los que se reviven momentos históricos, se visibilizan conflictos sociales que siempre habían estado presentes, se descubren espacios ocultos y transitan por la urbe personajes olvidados, restituidos al imaginario social. Retornan las ideas psicoanalíticas cuando se recupera el pasado de la ciudad y se inaugura un anárquico crecimiento fruto de la presencia de nuevas fuentes de riqueza. La ciudad prospera y va mostrando una faz distinta, a un ritmo que las condiciones económicas no consentían hacer poco, mientras que el pasado se des-

cubre y ancla la urbe a una rica tradición. Ideas nuevas, por la movilidad de personas de diversos países, se precipitan y sacan de un ensueño letárgico a los habitantes de la capital. Quito se hace presente a través de la densa niebla con la que amanece y va recuperando, en un movimiento que se halla todavía en ciernes, una vibración que la incorpora al mundo.

En Latinoamérica, decíamos, se vivieron los momentos de plomo en los setenta por los cambios y la fuerza de los conflictos sociales, que despertaron una reacción de violencia de los Estados, a la vez que esto obligó a muchas personas a abandonar sus países. Esta cuestión permitió que muchos intelectuales, investigadores en diversas áreas –en conjunto con psicoanalistas–, se hospedaran tornándose en imponderables maestros que aportaron su capacidad a la par que ocasionaron una significativa transformación. Es la oportunidad en la que diferentes percepciones confluyen y se logra establecer una distancia con lo nuevo y lo que ha permanecido, en un examen que atrapó la riqueza de lo propio por medio de una pulida mirada atenta desde la diversidad; este es el trance en el que se generaron nuevos acontecimientos y el mundo ciudadano adquirió espesor.

Conocer la ciudad de Quito en su devenir es situarla en la línea de las palabras, las que iluminan su topografía y tejen la urdimbre de las calles, de los edificios, de las presencias y de las ausencias. Las palabras definen espacios y conducen a lugares poco conocidos para los propios habitantes. Las voces que nominaban colinas y espacios habitados pasaron a tener nombres castellanos como una forma en la que se expresa la posesión de los lugares. Asimismo, las formas en las que se ha representado el mestizaje en el giro que da un modismo del lugar hablan de los hombres que habitan la ciudad como *chullas*. Este término se entiende como “mitad o una parte de algo”. Cuando se habla de un par de calcetines, se dice “un par de medias”, y si se habla de un solo calcetín, se dice “chulla media”. El mestizo, en este sentido, es un chulla, en la medida que





es mitad descendiente de español y mitad descendiente de indígena o afro, a la vez que atezado por los orígenes y gracias a un intenso sol de altura. Es aquel que carece de unidad porque su interioridad cabalga entre dos mundos, cuestión que hace de él un sujeto trágico, que en su fatalidad se piensa como una conciencia desgraciada.

La metamorfosis que muda la apropiación de sí trastoca la carencia y rebela una formidable singularidad que solo se alcanza en y por el lenguaje, en la medida que este se constituye en el medio privilegiado del vínculo con otro, en potente articulación. De modo semejante, el poner en palabras la mirada que habla de la ciudad es mostrar una ciudad hablada, llena de vida y de movimiento, tal como a través del lenguaje es factible hacer lo que hacemos cuando trabajamos como psicoanalistas. No obstante, hay que estar atentos porque el hablar es problemático. Es habitual que cuando se dice: "No me hables" o "Te voy a hablar", no se esté mencionando algo relativo a hacer

uso de las palabras para explicar, describir y delimitar algo, sino que se denote crítica, un llamado de atención o una forma de punición. "Te voy a hablar" quiere decir "Te voy a reprender" o "Te voy a amonestar". ¿Cuándo el lenguaje adquirió esa forma? ¿Cuánto del lenguaje nos llena de sospecha y se constituye en un escollo? ¿Es, quien sabe, fruto de la imposición de una lengua que para que exprese y conduzca un mensaje tenía que ser articulada a gritos?

Lo que se sembró en los años setenta y continuó, con un sostenido incremento, durante los años ochenta y noventa, con la visita de innumerables psicoanalistas a la urbe, a la vez que el retorno de quienes buscaron horizontes de formación y trabajo en lugares próximos y lejanos, fue dando frutos en los ochenta, noventa y en la primera década de los 2000. Es en ese avance del tren de la historia cuando entra en juego la posibilidad de dar un alcance internacional a un grupo de estudio que nace con el nuevo siglo, a la vez que busca recoger un legado y proyectarse



a un espacio más amplio de ideas, de prácticas, de un pensamiento pujante en lo internacional y que recibe una acogida generosa e interesada de grupos y asociaciones. El esfuerzo es enorme, mas es un afán compartido en el que los intercambios son ricos y enriquecedores. Al abrir los límites de las fronteras del pensamiento, se abre la aprehensión de lo real, y la mirada de un mundo que puede agotarse en una suerte de alienación en el día a día se transforma en un gran asombro, al incluir diferencias que otorgan nuevos significados a lo dado.

Son la ciudad de Quito como idea y el psicoanálisis como destino los que llevan a situar el problema entre dos ejes, tal como lo hemos venido formulando: uno, el *arjé*, y otro, el *telos*. Entre un principio arcaico que se aproxima a la construcción de mitos, de leyendas y de tradiciones, y un fin que está colocado en un horizonte por venir, en una elaboración que toma como *leitmotiv* la historia.

REFERENCIAS

- Berman, M. (1989). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Calvino, I. (2019). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela.
- Meza Cepeda, R. D. y Arrieta de Meza, B. M. (2006). Coexistencia de tres Universidades en el Quito Colonial (1681-1769). *Revista Venezolana de Ciencias Sociales*, 10(2), 415-429.
- Ospina, W. (2012). *Las auroras de sangre*. Bogotá: Random House - Mondadori.
- Ospina, W. (2015). *La lámpara maravillosa*. Bogotá: Random House - Mondadori.
- Romero, J. L. (1986). *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Valencia Sala, G. (2007). *El círculo modernista ecuatoriano*. Quito: Corporación.